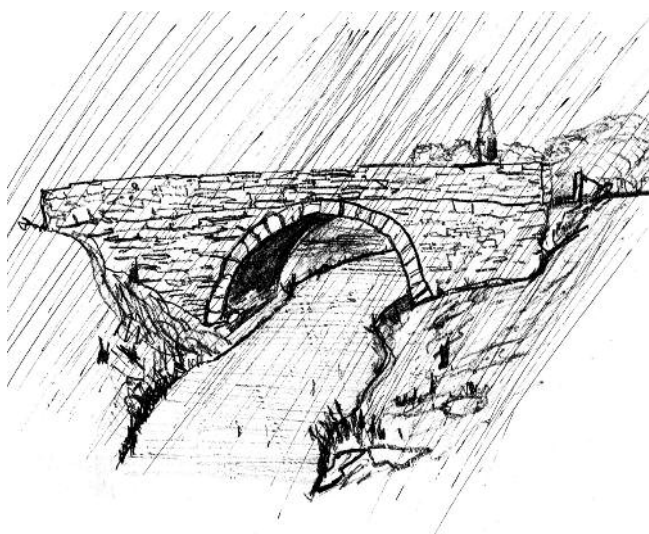


PRIMERA PARTE

Descubrimientos





1



Las puertas del autobús se abrieron con un chirrido, depositaron a la mujer en la parada, y se cerraron con un chasquido metálico. Como si no le importara en absoluto el viento ni la fuerte lluvia que la azotaban, la mujer se quedó allí quieta, observando cómo volvía a arrancar el vehículo haciendo rechinar las marchas en el difícil descenso de la colina. Y sólo cuando el autobús hubo desaparecido tras los setos, se volvió para contemplar las pendientes cuajadas de hierba que se extendían a ambos lados de la carretera. Bajo el chaparrón, ambas pendientes se desleían en el gris del cielo, de manera que resultaba difícil decir dónde comenzaba una y dónde terminaba la otra.

Apretándose con fuerza el cuello de la gabardina, salió de allí, sorteando los charcos que había en el deteriorado asfalto del arcén que bordeaba la carretera. Aunque el lugar estaba desierto, vigilaba atentamente la carretera por delante de ella, y de vez en cuando volvía la vista atrás. No había en esa actitud nada especialmente sospechoso: en un lugar como aquél, tan aislado, lo más probable es que cualquier chica hubiera tomado las mismas precauciones.

Su aspecto no ofrecía muchas pistas sobre su identidad. El viento agitaba sin cesar el pelo castaño sobre su rostro de anchas mandíbulas, oscureciendo sus rasgos con un velo en perpetuo movimiento, y su ropa no llamaba la atención. Si al-

guien hubiera pasado por allí, la hubiera tomado por una vecina de la zona que volvía a casa, con su familia.

Pero la verdad no podía ser más diferente.

Se trataba de Sarah Jerome, una colona fugada que huía de la muerte.

Al llegar un poco más allá, se volvió de repente hacia el borde y se internó por una abertura del seto. Se metió en un pequeño hoyo al otro lado y, agazapada, se dio la vuelta para examinar la vista que tenía de la carretera. Allí permaneció unos cinco minutos, escuchando y observando ojo avizor, como un animal cuya vida peligraba. Pero no vio otra cosa que el azote del agua y el rugido del viento: estaba completamente sola.

Se anudó un pañuelo a la cabeza y salió del hoyo. Alejándose a toda prisa de la carretera, cruzó el campo al abrigo de un destartalado muro de piedra. A continuación subió a buen paso la empinada cuesta, hasta alcanzar la cumbre de la colina. En aquel punto, en el cual su silueta se recortaba en el cielo, Sarah sabía que estaba muy expuesta, y sin perder tiempo empezó a descender por el otro lado hacia el valle que se abría ante sus ojos.

A su alrededor, el viento, canalizado por las curvas del terreno, enviaba el agua en remolinos, como diminutos tornados. A través de ellos, percibió con el rabillo del ojo algo que se agitaba. Se quedó petrificada, y se giró para ver aquella cosa pálida. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal... Aquello no tenía nada que ver con la oscilación de las matas de brezo ni con la ondulación de la hierba agitada por el viento... Se movía con otro ritmo diferente.

Fijó la mirada en aquel punto hasta distinguir de qué se trataba. Allí, en plena ladera, salió a la vista un pequeño cordero, que retozaba y hacía cabriolas entre las matas de cañuela. Delante de sus ojos, el cordero corrió a esconderse entre unos raquíticos arbolillos, como si algo lo hubiera asustado. Sarah se estremeció. *¿Qué era lo que lo había hecho escapar? ¿Había alguien*

más por allí cerca? ¿Otro ser humano? Se puso tensa, pero se volvió a relajar cuando vio que el corderillo volvía a salir al claro, esta vez acompañado por su madre, que pacía sin prestar atención mientras la cría se restregaba contra su costado.

Era una falsa alarma, pero el rostro de Sarah no reflejó asomo de alivio ni de regocijo. Sus ojos no se prendieron del cordero cuando volvió a corretear, con su lana virgen que parecía algodón, en marcado contraste con la lana áspera y sucia de su madre. No había tiempo para tales entretenimientos en la vida de Sarah, ni en aquel momento ni nunca. Ella estaba ya repasando la ladera opuesta del valle, escudriñándola en busca de cualquier presencia sospechosa.

Volvió a ponerse en camino por entre la céltica quietud de la frondosa vegetación y sobre las lisas piedras hasta llegar al arroyo que corría por lo hondo del valle. Sin dudar un instante, pisó en las aguas cristalinas y caminó con decisión por ellas, modificando su dirección para seguir la del arroyo, y utilizando las piedras cubiertas de musgo para pisar sobre ellas siempre que eso le permitía avanzar más aprisa.

Cuando creció el nivel del agua, amenazando con meterse por los zapatos, dio un salto para volver a la orilla, que estaba alfombrada de una mullida capa de hierba recortada por las ovejas. Pero siguió caminando aprisa, sin descanso, y antes de que pasara mucho tiempo, vio una alambrada oxidada, y a continuación la senda agrícola que sabía que iba por el otro lado.

Entonces vio lo que había estado buscando. En el punto en que la senda agrícola cruzaba el arroyo, había un rudimentario puente de piedra, cuyos bordes, erosionados, reclamaban a gritos una reparación. El camino que ella llevaba, a la vera del arroyo, la llevaba derecha allí, y en su impaciencia por llegar, echó a correr hacia aquel punto. Alcanzó su destino pocos minutos después.

Agachándose bajo el puente, se detuvo para liberar su pelo del pañuelo y secarse la humedad de los ojos. Después

cruzó al otro lado, donde se quedó completamente inmóvil, escudriñando el horizonte. Se acercaba la noche, y el destello rosáceo de las luces recién encendidas comenzaba a filtrarse por la pantalla de robles que ocultaba completamente el distante pueblo, salvo la punta de la aguja de la iglesia.

Regresó hasta un punto situado en la mitad de la parte inferior del puente y se agachó cuando se le enganchó el pelo en la áspera piedra que tenía por encima de la cabeza. Localizó un bloque irregular de granito que sobresalía ligeramente de la superficie. Con ambas manos, comenzó a extraerlo moviéndolo a izquierda y derecha, y después arriba y abajo, hasta que salió completamente. Tenía el tamaño y el peso de varios ladrillos de obra, y el esfuerzo le arrancó un gruñido al agacharse para dejarlo en el suelo, a sus pies.

Se irguió, miró en el hueco y metió el brazo hasta el hombro para tentar el interior. Tuvo que apretar la cara contra el muro de piedra, y encontró entonces una cadena de la que intentó tirar. Estaba atascada. Por mucho que lo intentara, no conseguía moverla. Lanzó una imprecación y, aspirando fuerte, se colocó lo mejor que pudo para volver a intentarlo. Esta vez la cadena cedió.

Nada sucedió durante un rato, mientras seguía tirando con la mano de la cadena. Después oyó un sonido, como un trueno que estallara en las mismas profundidades del puente.

Ante ella se abrieron, escupiendo polvo de argamasa y de líquenes secos, unas juntas hasta ese momento invisibles. Toda una sección del muro retrocedió para elevarse después, dejando abierto un agujero irregular del tamaño de una puerta. Todo terminó con un ruido sordo que hizo temblar la totalidad del puente, y volvió a hacerse un silencio en que sólo se oía el murmullo del arroyo y el golpeteo de las gotas de lluvia al caer.

Penetrando en el oscuro interior, sacó de un bolsillo una linternita de llavero y la encendió. El círculo de tenue luz le mostró que se hallaba en una cámara de unos quince metros

cuadrados, que tenía un techo lo bastante alto para permitirle estar de pie. Miró a su alrededor observando las motas de polvo que flotaban perezosamente en el aire, y las telarañas, espesas como restos de un tapiz podrido, que engalanaban la parte superior de los muros.

Había sido construido por el tatarabuelo de Sarah el año antes de llevarse a su familia al mundo subterráneo para iniciar con ella una nueva vida en la Colonia. Maestro cantero de oficio, había utilizado toda su habilidad para conseguir ocultar la cámara dentro del ruinoso puente, utilizando a propósito un lugar situado a varios kilómetros de cualquier parte, y al que se llegaba por una senda agrícola apenas transitada. Por qué motivo se había tomado tanto trabajo, era algo que ni siquiera los padres de Sarah habían sido capaces de explicarle. Pero fuera cual fuera el propósito original, aquél era uno de los poquísimos lugares en que se sentía realmente a salvo. Podía no estar en lo cierto, pero el caso es que estaba segura de que nadie la encontraría allí jamás. Se quitó el pañuelo, se soltó el pelo y se relajó.

Sobre el suelo cubierto de arenilla, sus pies quebraron el silencio sepulcral al acercarse a la estrecha repisa de piedra que había en la pared opuesta a la entrada. A cada extremo de la repisa había un oxidado hierro vertical. Unas fundas de piel cubrían las puntas.

—Hágase la luz —dijo en voz baja. Alargó las manos y simultáneamente sacó ambas fundas para dejar libres dos esferas luminiscentes, sujetas sobre cada uno de los hierros por una garra herrumbrosa.

No más grandes que mandarinas, de cada una de las cristalinas esferas salió una misteriosa luz de color verde de tal intensidad que se vio forzada a taparse los ojos. Era como si su energía hubiera estado fortaleciéndose bajo las fundas de cuero y se desprendiera ahora a raudales en su recién recuperada libertad. Acarició con las yemas de los dedos una de las esferas, palpando su superficie fría como el hielo, y sintió

un ligero estremecimiento, como si ese contacto estableciera algún tipo de conexión con la oculta ciudad donde tales esferas eran comunes.

Cuánto dolor y sufrimiento había soportado bajo aquella misma luz.

Posó la mano en la parte superior de la repisa, y la hundió en la gruesa capa de polvo que la cubría.

Tal como esperaba, su mano encontró una pequeña bolsa de plástico. Sonrió, la levantó y la sacudió para desprenderle la suciedad. La bolsa estaba cerrada con un nudo que rápidamente deshizo con sus fríos dedos. Sacó de dentro el trozo de papel cuidadosamente doblado y se lo acercó a la nariz para olerlo. Olía a viejo y húmedo. Podía asegurar que el mensaje llevaba allí varios meses.

Aunque no siempre había algo esperándola cada vez que iba por allí, se reprochó severamente no haber acudido antes. Pero raras veces se permitía consultar aquel «buzón» secreto en intervalos menores de seis meses, porque tal actividad resultaba peligrosa para todos los implicados. Aquéllas eran las únicas ocasiones en que entraba en contacto indirecto con alguien perteneciente a su vida anterior. Siempre había un riesgo, por pequeño que fuera, de que el correo fuera seguido al salir de la Colonia para salir a la superficie en Highfield. Tampoco podía ignorar la posibilidad de que lo hubieran descubierto en el viaje desde el mismo Londres. No se podía estar seguro de nada. El enemigo era paciente, absolutamente paciente y calculador, y Sarah sabía que nunca cejarían en sus esfuerzos por capturarla y matarla. Tenía que vencerlos con sus propias armas.

Consultó el reloj. Siempre cambiaba su ruta hacia y desde el puente, y no le quedaba mucho tiempo para la caminata a través del campo hasta el pueblo en que tenía que coger el autobús para volver a casa.

Hubiera debido ponerse en camino, pero el ansia de recibir noticias sobre su familia era demasiado fuerte. Aquel

papel era la única conexión que tenía con su madre, su hermano y sus dos hijos: para ella era como una cuerda de salvación.

Necesitaba saber qué decía. Volvió a oler la carta.

Aparte de esa necesidad que sentía de enterarse de cualquier cosa sobre ellos, había algo más que la empujaba a quebrantar el procedimiento cuidadosamente diseñado que seguía de manera infalible cada vez que se acercaba al puente.

Era como si el papel desprendiera un olor distinto y poco grato, un olor que dominaba entre la mezcolanza de olores a moho de la fría y húmeda cámara. Era fuerte y desagradable: era el olor de las malas noticias. Hasta entonces sus premoniciones habían acertado y le habían sido útiles, y no estaba dispuesta a empezar a ignorarlas.

Con creciente aprensión, miró fijamente la luz de la esfera más próxima, jugando con el papel entre los dedos mientras resistía el impulso de leerlo. Después, consternada por su propia debilidad, hizo una mueca y desdobló el papel. De pie ante la repisa de piedra, examinó la carta bajo la verdosa iluminación.

Frunció el ceño. La primera sorpresa fue ver que el mensaje no estaba escrito de puño y letra de su hermano. Aquella letra algo infantil le resultaba desconocida. Siempre era Tam quien escribía. Su premonición había acertado: comprendió de inmediato que había algún problema. Le dio la vuelta al papel para buscar un nombre al final de la carta. «Joe Waites», pronunció en voz alta, sintiéndose cada vez más inquieta. Eso no presagiaba nada bueno. En ocasiones, Joe actuaba de correo, pero el mensaje lo escribía Tam.

Temerosa, se mordió el labio y empezó a leer, recorriendo velozmente con la vista las primeras líneas.

—¡No, Dios mío! —soltó con la voz ahogada, negando con la cabeza.

Volvió a leer la primera cara de la carta, incapaz de aceptar lo que ponía, diciéndose que debía haberlo entendido mal, o

que tenía que haber un error por alguna parte. Pero era clara como la luz del día, y las frases, formadas de manera muy simple, no dejaban lugar a la confusión. No tenía tampoco razón alguna para dudar de lo que decía: aquellos mensajes eran lo único en que confiaba, el elemento permanente en su vida nómada y sin descanso. Le daban un motivo para seguir.

—No, Tam no... Tam no... —gemía.

Como si hubiera recibido un golpe físico, cayó sobre la repisa de piedra y se apoyó en ella con todo su peso para sostenerse.

Aspiró hondo, temblando, y se obligó a dar la vuelta a la hoja y leer el resto, mientras con la cabeza negaba enérgicamente y murmuraba:

—No, no, no... No puede ser...

Como si la primera cara no fuera lo bastante terrible, lo que había en el reverso era sencillamente más de lo que era capaz de asimilar. Con un grito, se apartó de la repisa y se dirigió al centro de la cámara. Balanceándose y rodeándose con los brazos, alzó la cabeza y miró al techo sin ver.

De repente, sintió la necesidad de salir. Atravesó la salida a toda prisa, frenética. Dejó el puente tras ella, sin detenerse. Mientras avanzaba ciegamente por un lado del arroyo, se iba haciendo de noche y la lluvia seguía cayendo en forma de una persistente llovizna. Sin saber adónde la conducían sus pasos ni preocuparse de ello, corrió por la hierba empapada, resbalándose.

No había llegado muy lejos cuando tropezó y cayó de bruces en el centro del arroyo, salpicando agua por todas partes. Se puso de rodillas. La cristalina agua la abrazaba por la cintura, pero su pena era tan devastadora que no notó el contacto helado. La cabeza le daba vueltas sobre los hombros, como poseída por el más intenso de los sufrimientos.

Hizo algo que no había hecho desde el día que escapara a la Superficie, el día en que había abandonado a sus dos niños y a su marido: empezó a llorar, al principio tan sólo unas po-

cas lágrimas, pero después fue incapaz de controlarse y las lágrimas le cayeron por las mejillas a borbotones, como si se hubiera roto un dique.

Lloró hasta que no le quedaron lágrimas. En el momento en que se puso en pie lentamente, luchando contra la creciente corriente del arroyo, su rostro era una airada y fría máscara de piedra. Sus manos chorreantes se cerraron, y levantó al cielo los puños al tiempo que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: un grito salvaje y primigenio que recorrió el vacío valle.